

## ¿Y PARA QUE QUEREMOS EL SOCIALISMO?

POR

VLADIMIRO LAMSDORFF-GALAGANE.

Quisiera, ante todo, manifestar la profunda satisfacción que me produce encontrarme, una vez más, en esta entrañable reunión de los amigos de la *Ciudad Católica*, así como mi profundo agradecimiento a los organizadores de la misma por el voto de confianza que han depositado en mí al confiarme esta ponencia, confianza que haré lo posible por no defraudar. Pero vaya por delante mi agradecimiento, también, a los asistentes que tendrán la paciencia de oírme.

Me ha correspondido hablarles del socialismo, en un congreso cuyo tema general es la sociedad cristiana y la sociedad pluralista laica. Y bien, este tema del socialismo podría parecer aquí un poco desplazado, pues si los regímenes socialistas conocidos son en su mayoría laicos, no son necesariamente «pluralistas». El sistema soviético, por ejemplo, es muchísimo más «monolítico» que cualquier otro régimen existente. Sin embargo, el tratar aquí del socialismo tiene su razón de ser. En efecto, el socialismo ha nacido y se ha desarrollado en sociedades típicamente pluralistas y laicas, la Francia postrevolucionaria y la Inglaterra liberal, y ha constituido una respuesta a las contradicciones de estas sociedades. De estas contradicciones ya se ha hablado lo suficiente en las ponencias anteriores; el caso es que basar la convivencia social en el único valor de la libertad, entendida en abstracto y con valor absoluto, resulta inviable. El resultado práctico es una nueva esclavitud. Y los socialistas tuvieron el mérito (el único mérito) de alzarse como liberadores frente al liberalismo democrático.

Luego el socialismo es, en cierto sentido, una consecuencia lógica del pluralismo laicista. Concretamente, es el punto en que las ideas de la Revolución francesa se transforman en sus contrarias. Pero, notémoslo bien, sin apartarse de la corriente general secularizadora que

fluye desde la Baja Edad Media y del Renacimiento. El objetivo final siguen siendo la ciudad terrestre, la felicidad puramente temporal de los hombres, cifrada en la abundancia económica. Pero veamos esto un poco más en detalle.

## 1. Identificación del socialismo.

Hoy en día, existen muchos movimientos que pretenden llevar el nombre de «socialista». Aunque hayan prácticamente desaparecido los «nacional-socialismos» de anteguerra, siguen quedando socialdemócratas, laboristas, comunistas, maoístas, y otros muchos. Cada uno de ellos hace lo posible por presentarse ante el público de la manera más atractiva posible, lo cual no facilita, ni mucho menos, la clara identificación de lo que *es*, en realidad, el socialismo. Pues las autodefiniciones de los propios socialistas son, a menudo, demasiado grandilocuentes o demasiado vagas.

Se nos dice, por ejemplo, que el socialismo es el movimiento que procura «la liberación de los trabajadores» (1). Pero en tal caso, lo que no hay son «antisocialistas»: todos deseamos liberar a los trabajadores de cualquier opresión; no creo que exista nadie tan cínico como para pretender «esclavizarlos».

O bien se afirma que el socialismo desea «establecer racionalmente y con justicia las estructuras de la sociedad» (2). Pasa lo mismo: en esto estamos todos. Y cuando un término especial nos llega a ser aplicables a todos, no hace ya ninguna falta emplearlo.

Como hay quien define al socialismo como un «humanismo». También resulta insuficiente: ni Erasmo de Rotterdam, ni Juan Luis Vives, ni Antonio Agustín eran socialistas.

Inversamente, ocurre en ocasiones que adversarios del socialismo caracterizan a éste como la expresión máxima del ateísmo, del anti-

---

(1) Así, por ejemplo, los «Frères du monde» cristiano-marxistas, en su vol. *Socialismo y cristianismo*, trad. J. A. Díaz, Nova Terra, Barcelona, 1966, pág. 19.

(2) *Ibid.*, pág. 22.

cristianismo, o del anti-catolicismo. Desde luego, el socialismo no es, ni mucho menos, una pía congregación, pero eso tampoco es rasgo distintivo suyo. Ateo era Voltaire, pero socialista, ciertamente no. Anti-cristianos, los hay desde Nerón y Diocleciano, y anti-católicos, desde que hay no-católicos. Por otra parte, existen socialistas que dicen ser cristianos, y cristianos que afirman que hay que «abrirse» al socialismo.

Y sin embargo, pese a toda la confusión reinante en torno a su definición, el socialismo es *identificable*. Cuando un no-socialista se encuentra en presencia de tesis, de ideas o de personas socialistas, las suele identificar como tales aun cuando no lleven la correspondiente etiqueta en sitio visible. Y si tal ocurre, es que estas tesis, ideas o personas han de estar agrupadas alrededor de una idea base. Intentaremos identificarla, haciendo algo de historia.

## 2. Un poco de historia.

Dejemos, de momento, a un lado a quienes quieren ver «socialistas» en Platón, en Campanella o en Tomás Moro. Los orígenes del socialismo tal como se entiende en la actualidad, prescindiendo de figuras menores, son la línea Babeuf, Saint-Simon, Owen, Fourier, Blanqui, Proudhon, Marx-Engels.

El programa entero de los cuatro primeros (o sea, el 90 % o más de sus escritos) era ridículo. Hoy día, los falansterios, los paralelógramos cooperativos o las Nuevas Icarías se suelen considerar más bien desde el ángulo de lo psicopatológico.

Una idea, sin embargo, tenían todos en común: la división de la sociedad en *clases*, una de las cuales explota y oprime a la otra.

Aún es muy primitiva en Babeuf: el mundo se divide en ricos y pobres, luego hay que quitarles a los ricos lo que tienen y repartirlo (3). Los socialistas lo suelen considerar «precursor», pero rara

---

(3) «Declaramos no poder sufrir más que la inmensa mayoría de los hombres trabajen y suden al servicio y para el buen placer de una extrema minoría. Hace demasiado tiempo que menos de un millón de individuos disponen de lo que pertenece a más de veinte millones de sus semejantes, de sus

vez propiamente «socialista» (4). Y hacen bien: sus afirmaciones son todavía muy tradicionales, y vinculadas a una tradición muy concreta: la de los ladrones.

De Saint-Simon, la única obra que todavía se puede leer con cierta fruición es su famosa *Parábola*. Grosso modo su sentido es el siguiente: si repentinamente desaparecen los 3.000 primeros industriales, artesanos y labradores de Francia, ocurre una catástrofe; pero si desaparecen monarcas, cortesanos, ministros, jueces, generales, obispos, etc., hasta 30.000, no pasará nada. De lo que se deduce que existe una «clase ociosa» que explota y oprime a la «clase industrial», o sea, a la que está ocupada en la producción de bienes materiales (5). Pues bien, precisamente a este Saint-Simon se le suele considerar fundador, no sólo del socialismo (6), sino incluso de la sociología científica (7).

---

iguales. ¡Que cese de una vez este gran escándalo que nuestros nietos no querrán creer! Desaparezcan de una vez estas irritantes distinciones entre ricos y pobres, de grandes y pequeños, de amos y criados, de gobernantes y gobernados. Que no exista otra diferencia entre los hombres que la de la edad y del sexo ... Ha llegado el momento de las grandes medidas ... Han llegado los días de la restitución general ...» (*Manifiesto de los Iguales*, cit. por la antología *Socialismo premarxista*, selec. y trad. P. Bravo, Univ. Central de Venezuela, Caracas, 1961, págs. 28-29).

(4) Los marxistas lo clasifican entre los «socialistas utópicos», lo cual equivale a lo mismo: tan sólo admiten que «El babuismo significó un paso adelante en el desarrollo de las ideas socialistas» Cfr. el art. «Babuvism» en el *Filosófskiy Slovar* (Diccionario filosófico), 2.<sup>a</sup> ed., Politisdat, Moskvá, 1968, pág. 30.

(5) No hace falta insistir demasiado en lo aberrante de todo eso. Sencillamente no tiene pies ni cabeza. Cfr. el magistral análisis de Francisco PUY, *Etude critique de la Parabole de Saint-Simon*, «Economies et sociétés. Cahiers de l'I. S. E. A.» 1971 (5/7) 719 ss.

(6) Incluso por teóricos del socialismo del prestigio y de la seriedad de J. Ramsay Macdonald: «Saint-Simon fue el primero en formar un grupo que puede ser denominado socialista» (*Socialismo*, trad. M. Sánchez Sarto, Labor, Barcelona, 3.<sup>a</sup> ed., 1931, pág. 171).

(7) Por especialistas de la talla nada menos que de Georges Gurvitch. Cfr. su obra, cuyo simple título es suficientemente expresivo, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, trad. A. Goutman & H. Sito, Galatea-Nueva Visión, Buenos Aires, 1958, págs. 9-85.

La culminación de la idea está en Marx-Engels: la historia viene interpretada como lucha de clases, la cual terminará en dictadura del proletariado que dará paso a una sociedad sin clases ... Bueno, ¿para qué seguir? Todo eso lo conoce ya el lector *ad nauseam*.

### 3. Las "clases sociales".

Desde entonces, la idea de «clase social» ha recorrido mucho camino. Es ya de uso común en sociología, y ha sufrido las correspondientes transformaciones (8). Aparecieron nuevas «clases»: la «clase media», la «clase intelectual», etc. Aparecieron nuevos criterios de distinción entre ellas: el nivel de los ingresos, la posición social, las aspiraciones típicas, el sistema de valores profesado, incluso la opinión que tiene el propio sujeto acerca de la clase a que pertenece. Lo cual no contribuye precisamente a aclarar las cosas.

Pero «tomemos conciencia» por un momento, haciéndonos la pregunta: ¿«A qué clase social pertenezco yo»? Ignoro la respuesta que le dará el lector. Yo mismo, desde luego, pertenezco a muchas «clases», según el criterio que se emplee para distinguirlas:

- Si tal criterio es la posesión de medios de producción, pertenezco al proletariado.
- Si es la educación, pertenezco, con mi título de doctor, a la clase superior.
- Si es el género de actividad que desempeño, pertenezco a la clase intelectual.
- Si es la profesión, pertenezco al funcionariado, «subclase» de profesores adjuntos de Universidad.
- Pero si se trata de los ingresos, sólo pertenezco, desgraciadamente, a una modesta «clase media».
- Si es la estatura, pertenezco a la «clase alta».

---

(8) Puede dar una idea de sus avatares la obra de Georges GURVITCH: *El concepto de clases sociales, de Marx a nuestros días*, Galatea-Nueva Visión, Buenos Aires, 1957.

- Si es la corpulencia, pertenezco a la «clase delgada».
- Y ya si juzgamos por mi «conciencia de clase», entonces pertenezco, en virtud de lo dicho, a todas estas «clases» a la vez.

#### 4. Clases, sí, clases, no

¿Quiere esto decir que no existen las «clases sociales»? Todo lo contrario. Existen, en un país, tantas «clases sociales» como *clasificaciones* se quieran hacer entre sus habitantes. Pero claro está, sólo «existen» en la cabeza de quien haya hecho la clasificación. Son *entes de razón*. En la realidad, sólo existen los ciudadanos que las componen, y sus asociaciones (naciones, estados, ejércitos, familias, sociedades, peñas, etc.).

De ahí que sea absurdo atribuir a las «clases sociales» cualquier actividad propia. Decir que una «clase» explota a otra, o domina a otra, es como decir que la especie «gato» se está comiendo a la especie «ratón». Lo más que se puede admitir es que algún individuo concreto esté explotando o dominando a otros, lo mismo que algún gato concreto esté comiendo ratones igualmente concretos.

Igual ocurre con la «lucha de clases». Las clases no luchan más que en la cabeza que las concibe. En la vida real, existen conflictos concreto esté explotando o dominando a otros, lo mismo que algún unos obreros concretos y su patrono, entre un comprador y un vendedor, entre un casero y su inquilino, etc. Pero ninguno de estos conflictos es necesario o inevitable. En otros casos concretos, no se dan.

Por idéntica razón, es imposible hablar de cualquier «interés de clase». Resulta incluso bastante peligroso hacerlo, pues en la práctica, el «interés de clase» se suele identificar con el interés personal de quien lo invoca. Y, además, con toda lógica: siendo las «clases sociales» creación arbitraria de uno mismo, nada le impide a cualquier político seleccionarse una «clase» de manera tal, que sus «intereses» coincidan con los propios. Y luego, ponerse «al servicio» de la misma.

Tenemos un buen ejemplo en la URSS. Es muy posible que sus dirigentes estén convencidos, de buena fe, de estar sirviendo a los intereses de las «clases trabajadoras» (o, como dicen desde Jrushev,

de «todo el pueblo», lo cual no cambia nada al asunto). Sólo que les sale un «pueblo» muy particular: obediente, laborioso, frugal, sacrificado, penetrado de ideas comunistas, pero orgánicamente incapaz de pensar con la propia cabeza y necesitado, por tanto, de permanente dirección y «educación» por parte del poder. Cualquier persona concreta que no reúna alguna de estas características es declarada «elemento antipopular». Pero como en este caso está la inmensa mayoría de los rusos reales, la URSS vive en la permanente paradoja de tener un pueblo «antipopular».

Asimismo, es estúpido esperar el advenimiento de una «sociedad sin clases». Admitiremos que es posible hacer desaparecer alguno de los criterios según los cuales se puede dividir a la gente en clases. Pero después, surgirán «nuevas clases» con el primer teórico que tenga la ocurrencia de clasificar a la gente según otro criterio.

Del mismo modo, es inútil esperar cualquier acción real por parte de una «clase», como «revoluciones proletarias» o cosas por el estilo. Una «clase» es una construcción mental, luego no puede actuar fuera de la mente. De ahí que *absolutamente todos* los socialistas proclamen la necesidad de «educar» al proletariado, como condición para la realización de su programa. Hablando en plata, para que el «proletariado» se «libere» de las «clases explotadoras», hay que convencerle primero de que está explotado por ellas. No hay «lucha de clases» si primero no se convence a los contendientes de que tienen que luchar. Los socialistas podrán llamar a esto «educación» tanto como quieran. Yo, lo llamo propaganda, o subversión.

Otra consecuencia es que los más impacientes de los socialistas, los bolcheviques de Lenin, hayan tenido que sustituir, en sus programas, a la revolución hecha por una *clase*, la revolución hecha por un *partido*. Un partido sí es algo real y tangible. Es una unión voluntaria alrededor de un mismo programa, que es capaz, por tanto, de disciplinarse y actuar eficazmente. Pero con ello el bolchevismo se volvió más soreliano que marxista (9).

---

(9) Cfr. el agudo análisis de F. ELIAS DE TEJADA, *Derecho y Clase en la actual filosofía jurídica rumana*, «Anuario de Filosofía del Derecho» 1966 (12), págs. 364 y sigs.

No le iremos a reprochar a Lenin el haber paliado las deficiencias del marxismo espigando a Sorel. Pero hemos de lamentarlo: de no haberlo hecho, los europeos del Este, los rusos en primer lugar, se habrían ahorrado muchos sinsabores. Porque estos partidos leninistas aun están en el poder. Algunos neomarxistas incorregibles (el primero, Milovan Djilas) los han, incluso, querido presentar como una «nueva clase», contra lo cual protesto con todas mis fuerzas. Un Partido Comunista en el poder sigue siendo lo que era antes de conseguirlo: una unión voluntaria alrededor de unas ideas políticas. Sólo que ahora, las posibilidades de cargos y honores que abre el ingreso en él determinan la aceptación de su ideología, y no a la inversa.

Pero no por esto pasa a constituir una «clase», porque en general, las clases sociales no existen en la realidad objetiva. Y si la historia del socialismo es la historia de la idea de «clase», entonces es la historia de un inmenso sofisma. Como ejemplo pintoresco, tuve últimamente ocasión de leer cómo dos sociólogos anglosajones demostraban, en sus contribuciones a la misma colectánea, el uno, que el poder en Hispanoamérica está en manos de la «clase media», y el otro, que en Hispanoamérica no existe «clase media» (10). Pero lo mejor del caso es, que como utilizaban criterios distintos de «clasificación», ¡tenían razón los dos!

## 5. Sofismas sobre sofismas.

Naturalmente, al sofisma de base le siguen numerosos subsofismas derivados. Por ejemplo, la tesis de que en los Estados «capitalistas», el Estado y el derecho están al exclusivo servicio de la «burguesía»: el Código civil consagra la propiedad burguesa, el Código penal castiga el hurto de la propiedad burguesa, una ley que rebaja el sueldo a los obreros favorece a la burguesía, pues aumenta sus beneficios, una ley que les sube el sueldo también favorece a la burguesía, porque evita el descontento obrero y las posibilidades de re-

---

(10) José NUN y Richard N. ADAMS, en sus respectivas contribuciones a *The Politics of Conformity in Latin America*, ed. by Claudio Veliz, Oxford Univ. Press, New York, 2.ª ed., 1970.



volución, el Código de la Circulación favorece a la burguesía que tiene más coches que los asalariados, o si tienen más coches los asalariados, porque evita que se pierda mano de obra con los accidentes, etc.

Los argumentos que se emplean son a menudo ingeniosos, y pueden llegar a parecer convincentes. Pero, por otra parte, el sofisma es evidente: si una ley que a mí, me sube el sueldo, beneficia a la burguesía, pues ¡que en buena hora se beneficie!

Si tuviera tiempo y humor para ello, podría desarrollar una «teoría social» sobre la base de que en España hay dos clases: los rubios y los morenos. Y que los morenos dominan y explotan a los rubios (o viceversa). ¿Demostrar esta tesis? Es sencillísimo: tenemos un Jefe de Estado moreno, un número N de ministros morenos. Si hay alguno rubio, es para evitar el descontento entre éstos. Manejando convenientemente las estadísticas, puedo demostrar que los morenos ganan más que los rubios (donde no tenga datos: claro, «los ocultan»). ¿También hay morenos entre las rentas bajas? Bueno, es que dominan a los rubios «en cuanto clase», no individualmente. Y así seguiría *ad infinitum*.

Al fin y al cabo, cosas más absurdas se han visto, por ejemplo, cuando la «raza aria». Con un poco de trabajo, hasta me podría quedar convincente. Tanto, que detrás de mí vendrían sabios sociólogos, descubrirían a los castaños y me acusarían de «olvido de la clase media».

La solución de la paradoja es que, efectivamente, la mayoría de la legislación, en Occidente, favorece a la burguesía. Y a los morenos. Un legislador corriente, en una sociedad sana, suele procurar el *bien común*. Y lo normal es que tenga éxito en ello. Luego, tanto favorece a la burguesía, como a cualquier otra «clase» que se quiera distinguir en la sociedad.

## 6. Réplicas socialistas.

Ahora bien, un socialista me contestaría algo parecido a lo siguiente:

—«Todo esto es muy ingenioso, pero Vd. está jugando con pa-

labras. Puede Vd. ironizar cuanto quiera acerca de las «clases»: pero esto no quita el hecho real de que hay personas *realmente* explotadas, trabajadores *realmente* pobres. Y sólo el socialismo asegura que se las deje de explotar, que participen en la vida de su empresa, que sean dueños del producto de su trabajo, etc.»

Bien, pues si eso es lo que pretende el socialismo (11), resulta que si en alguna parte está realizado, o en vías de realizarse, es en los países llamados «capitalistas».

Veamos qué ocurre con la «explotación». Una empresa se compone de sus propietarios, que compran las instalaciones, la maquinaria, la materia prima, y de sus obreros. Produce, y vende sus productos. Sus ingresos constituyen su beneficio bruto. Este se reparte: una parte, la mayor, se destina a reinversión (reposición de materias primas, de maquinaria, publicidad, etc.); otra va a los obreros, con la particularidad de que se les garantiza una cantidad fija, independientemente del éxito comercial de la empresa; y otra, por fin, pasa a disposición de los propietarios, en calidad de renta producida por su capital.

Sobre estos hechos, Marx montó una teoría complicadísima, cuyo principal efecto ha sido oscurecer lo sencillo. Por ejemplo, la paga de los obreros se llama «capital variable», por un lado, y «capital circulante» por otro, como para encubrir que se trata de un reparto de ganancias (12). Pero, desde luego, una empresa que no haga beneficios se queda sin uno ni otro. ¿Para qué, entonces, buscar nombres inadecuados a una cosa sencilla?

Lo que sí ocurría en tiempos de Marx, en que este reparto de los beneficios lo hacían los patronos a su antojo y, por tanto, sí cabía hablar de explotación. Pero ahora, los obreros, reunidos en sindica-

(11) En todo caso, eso dicen que pretenden sus partidarios. El art. «Socialism» del *Filosófskiy Slovar*, cit., pág. 331, se deja resumir en los siguientes puntos: ausencia de explotación, igualdad social, **unidad**, **desarrollo económico**, participación.

(12) Cfr. *Capital*, I, págs. 150 y sigs. y II, 140 y sigs. (cit. por la trad. de W. Rotes, 3.ª ed., F. C. E., México, 1964-5). Para una buena exposición de la teoría económica de Marx, cfr. P. D. DOGNIN, *Initiation à Karl Marx*, Ed. du Cerf, París, 1970, págs. 281 y sigs.

tos, han sabido conquistarse una influencia tal, que han dejado reducida la parte del propietario a un simple interés por su inversión, justo lo suficientemente alto para que los capitales no se escapasen hacia las inversiones de renta fija. Es más, en determinados países se habla ya de una «dictadura sindical», llegando las exigencias obreras a rebasar los límites necesarios para la reinversión, lo cual provoca quiebras o inflación.

Algo parecido ocurre con la participación. En el reparto de ganancias, los obreros ya participan. En la organización de la empresa, en lo que alcanza su competencia técnica, ya les hacen participar los propios empresarios, por la cuenta que les trae. En lo que rebasa su competencia, su participación tendría efectos desastrosos: si un obrero entendiera de ingeniería o de finanzas, ya no sería un obrero. Pero aun así, si quieren tener la plena propiedad de su empresa, que se unan en cooperativas. Las hay por todo Occidente, algunas incluso rentables. Y si se habla de participación en materia política, los obreros tienen la misma que cualquier otro ciudadano.

La objeción favorita de los socialistas a esto es que los derechos que en Occidente se conceden a los obreros se quedan en derechos «formales» (13). Nos detendremos un momento en ello. Todo derecho es «formal» si su titular no dispone de fuerza, propia o prestada, para hacerlo valer. Pues precisamente los obreros la tienen, de ambas clases: primero, la fuerza del Estado, que vela por el cumplimiento de una amplia legislación a su favor (seguros de enfermedad, de desempleo, reglamentación del despido, etc.); y, además, la fuerza económica y física que les dan sus asociaciones, que les coloca en situación de aprovechar, de hecho, todas las ventajas de la libertad de contratación, de la libertad de expresión, etc., que les aseguran los ordenamientos de sus países.

En todo caso, tienen mucha más fuerza que en los países «socialistas», en que la fuerza es monopolio de los gobernantes, que la usan, preferentemente, en beneficio propio.

---

(13) *Teoría Gosudarstva y Prava* (Teoría del Estado y del Derecho), dir. por N. G. ALEXANDROV, Iuridicheskaya Llitieratura, Moskvá, 1968, págs. 131.

Desde luego, todo derecho «absoluto», «inalienable», etc., proclamado en una Constitución, se queda, en cierta medida, en una mera abstracción. Pero esto no afecta más a los obreros que a otros ciudadanos cualesquiera.

Otra objeción típicamente socialista, es que todo esto se consigue en Occidente a costa de la «explotación» del Tercer Mundo (14). Lo cual es, simplemente, una tontería. Lo malo de los pobladores del Tercer Mundo es, precisamente, que no los «explota» nadie. Dedicados a la agricultura, producen sólo lo necesario para la propia subsistencia (a veces, ni esto siquiera), y, por consiguiente, no tienen nada que vender. Como no venden nada, tampoco les vende nadie nada a ellos. Están fuera de todo circuito económico. Cuando los países del Tercer Mundo venden materias primas, se las pagan, en general, al mismo precio que las producidas en países desarrollados, y precisamente las zonas ocupadas en su producción (la Argentina ganadera, el Chile minero, o las regiones petrolíferas de Venezuela o del Golfo Pérsico) son en las que se vive bien (aunque también se haga sentir, con frecuencia, la superabundancia de mano de obra). Por lo demás, nadie obliga a estos países a vender sus materias primas, en vez de transformarlas ellos mismos. Si no tienen el nivel de industrialización suficiente, bien suya es la culpa; al fin y al cabo, en el siglo XVIII, estaban en el mismo nivel que Europa, a la que no ayudó nadie a industrializarse, y, en la Edad Media, a veces por encima.

Y que no me hablen del «colonialismo». Estos países fueron colonizados precisamente por no tener una base industrial, y no a la inversa. Aparte de que el ser colonia no es ningún obstáculo para el desarrollo, como demuestran los ejemplos de Canadá o de Australia. Por el contrario, no hay que olvidar que los países más pobres de Africa son Etiopía y Liberia, los únicos que no han sido colonizados nunca.

En todo caso, la situación de los países en vías de desarrollo es muy lamentable, pero no por eso se hace necesario cambiar el régimen económico interno de los países ya desarrollados.

---

(14) *Osnóvy naúchnovo kommunisma* (Fundamentos de comunismo científico), Politisdat, Moskvá, 1966, págs. 135 y sigs.

## 7. La receta socialista.

Este régimen no es perfecto. En esto estamos de acuerdo. Y ahora le dirigimos una última pregunta al socialismo: ¿cuál es su receta para remediar nuestros males?

Pero no les haremos esta pregunta ni a los revolucionarios melencólicos, ni a los dogmáticos fosilizados del marxismo-leninismo, ni a los nuevos teólogos. El socialismo también ha tenido expositores serios, responsables y respetados, como J. Ramsay Macdonald, el gran teórico del laborismo inglés, o el filósofo Bertrand Russell. Nos dirigimos a ellos, y el respeto que les debemos nos obligará a considerar sus argumentos con detenimiento y seriedad.

Su fórmula política se puede reducir a dos puntos esenciales: nacionalización de los medios de producción, más control democrático del Estado. Hay que hacerles justicia: tanto insisten en lo segundo como en lo primero (15).

Pues bien, nuestra opinión es que confían demasiado en cosas que han demostrado no ser tan eficientes.

Transferir al Estado la propiedad —y la administración— de los medios de producción equivale a ponerlos en manos de una burocracia, a la cual se transferiría, encima de su poder político como órganos del Estado, el poder económico derivado de la gran riqueza que pase por sus manos. Aun suponiendo que no lo emplee en su exclusivo provecho, disminuiría la eficiencia en la gestión.

A esto sólo contesta Macdonald que el Estado socialista, por ser socialista, no será burocrático (16). Es una afirmación gratuita: todos

---

(15) Cfr. J. R. MACDONALD, *Socialismo*, cit., págs. 105 y sigs. y 131 y sigs. B. RUSSELL, *La coyuntura del socialismo*, en su vol. *Elogio de la ociosidad y otros ensayos*, trad. J. Novella, Aguilar, Madrid, 1953, págs. 118 y sigs. Contrariamente a los marxistas, que definen el socialismo como «régimen social ... fundado en la propiedad social de los medios de producción» (art. «Sotsializm», en *Filosófskiy Slovar*, cit.); si se habla de «democratismo», se le presenta como consecuencia de lo anterior. Macdonald o Russell, en cambio, conciben nacionalización y democracia como fenómenos distintos y hasta cierto punto independientes.

(16) *Socialismo*, cit., pág. 119.

los Estados conocidos actúan a través de «órganos» burocráticos. Para las tareas civiles, no hay otros.

En cuanto al paliativo propuesto para estos inconvenientes, es el control popular sobre el Estado. En teoría, es suficiente. Pero aquí otra vez, los socialistas confían demasiado en un medio particular de lograr dicho control, que es la «democracia inorgánica». Un auténtico control popular se ha de ejercer sobre todas y cada una de las decisiones tomadas por los órganos estatales, centrales o locales. Pero el sistema de elecciones, lo único que asegura es la posibilidad del cambio de titularidad del poder central cada «equis» años, no siempre por los individuos más adecuados, ni siquiera siempre por los que mejor reflejan el deseo popular (17).

Donde es posible un control popular inmediato, es a escala de comunidades menores (municipios, cooperativas). Si el programa socialista comprendiera una amplia descentralización, y la concesión a tales pequeñas comunidades de la debida autonomía, ya tendríamos eso menos que objetarle. Pero el socialismo clásico es en extremo centralista y centralizador.

Aparte de que la democracia, en régimen socialista, corre el riesgo de levantar «paradojas del socialismo», paralelas a las conocidas «paradojas de la libertad»: si el socialismo, en teoría, es el régimen que más responde a los intereses del pueblo, cualquier oposición a este socialismo ha de ser reputada «anti-popular». De ahí a prohibirla, en la práctica, no hay más que un paso. Limitada así la competencia política a partidos o grupos «socialistas», la discusión entre ellos trataría de los medios más idóneos para la conservación, o la mejora, del socialismo, con lo cual los discrepantes se verían acusados de proponer medios inadecuados, y por consiguiente, de «apoyar objetivamente a los enemigos del socialismo». Lo cual también

---

(17) Aun en el caso de elecciones limpiamente conducidas, el sistema electoral adoptado (mayoría a dos vueltas, mayoría simple, representación proporcional, etc.) influye sustancialmente en el resultado, hasta el punto de que con una misma votación, la composición de una cámara variaría de medio a medio al adoptarse otro sistema. Cfr. G. FERNANDEZ DE LA MORA, *Alta matemática electoral*, publ. como apéndice a su obra *El crepúsculo de las ideologías*, 5.ª ed., Salvat-Alianza, Estella, 1971, págs. 165 y sigs.

lleva directamente a la prohibición. El resultado del proceso es la más tiránica de las dictaduras, por mucho que siga afirmando, de boquilla, su inquebrantable democratismo. El ejemplo clásico es la URSS. ¿Qué régimen socialista estaría garantizado contra la repetición del fenómeno?

### 8. Marcha atrás.

El socialismo, en definitiva, no nos convence (18). Las ventajas que pueda ofrecer no compensan sus desventajas. Y ¿qué proponemos nosotros en su lugar?

Empezaremos por el aspecto técnico. Técnicamente hablando, proponemos, en principio, el dejar de querer arreglar, de un sólo golpe, toda la organización de la sociedad, sino el ir resolviendo entre todos, a medida que aparezcan, los problemas *concretos* que se vayan presentando, sea el de la miseria, sea el de la droga, sea el de la contaminación del medio. Con ello, poquito a poco, se puede ir consiguiendo un sistema de convivencia cada vez más sensato, aunque nunca perfecto. En una palabra, es lo que Maurras llamó el «empirismo organizador».

¡Ah!, y desconfiar sistemáticamente de los «defensores de los in-

---

(18) Ni tampoco ha traído sustanciales ventajas a los trabajadores. La legislación social vigente en los países occidentales ha sido obra de partidos opuestos al socialismo, como los conservadores ingleses, con mucha mayor frecuencia que de los socialistas, los cuales —los comunistas en particular— se han atenido con demasiada frecuencia a la política de «cuanto peor, tanto mejor».

Actualmente, por cierto, están renunciando a ella. Hasta tal punto, que algunos partidos, como el laborista inglés o el social-demócrata alemán, conservan de «socialismo» poco más que la etiqueta. Como es lógico, cuanto más se vayan apartando estos partidos de la idea de «clase», del propósito nacionalizador y de la ideología centralista, tantas menos objeciones levantarán en nosotros sus programas. En España, desgraciadamente, no es éste el caso. Nuestro «socialismo», de inspiración (y, en la mayoría de los casos, de obediencia) comunista, siguió aquejado de todos los extremismos y de todos los sofismas que «adornaron» al socialismo clásico.

tereses de los trabajadores» que no sean ellos mismos trabajadores. Encontramos mucho más económico y eficaz que los trabajadores defiendan sus intereses ellos mismos.

Del aspecto técnico del asunto, no hay más que decir. O se actúa de esta forma, o se consigue lo contrario de lo que uno se proponía.

Pero lo que proponemos en vez del socialismo, más que un cambio de medios, o de técnicas socio-económicas, es un cambio en los *finés* a perseguir por la colectividad social. De una organización laica se puede esperar, *en el mejor de los casos*, que consiga construir una sociedad hedonista, cuyo mayor afán sea el placer, bajo cualquiera de sus formas. O sea, una sociedad insatisfecha, porque los placeres no dan la felicidad. O sea, una sociedad permanentemente agitada por el deseo de cambiar el estado de cosas existentes, y por consiguiénte, en tanto se mantenga la idea laica, irremisiblemente abocada al socialismo. Pero como el socialismo resulta más insatisfactorio todavía, se sigue así *ad infinitum*.

Lo que hay que desterrar es la propia idea laica, y sustituir la sociedad hedonista por la sociedad cristiana. Un cristiano *sabe* que la felicidad es inasequible en este mundo, y que la puede conseguir en el otro sólo si ha dedicado su vida terrena a honrar y glorificar a Dios. Luego una comunidad cristiana no tiene por qué organizarse con vistas al puro placer (llámeselo así, o llámeselo desarrollo económico, revolución industrial, progreso o como se quiera). Se tiene que organizar con vistas a procurar la felicidad *eterna* de sus componentes. Con lo cual todo ese «problema social» —que en última instancia, se reduce al del reparto de los bienes materiales— pasa a un segundo plano, porque de todas formas, el destino normal de todos los bienes sobrantes pasa a ser el de glorificar a Dios.

Eso puede parecer imposible. Pues no lo es. Basta con quererlo. ¿Ahora lo queremos sólo unos pocos? Pues nada, procuremos ser más. Cuando seamos bastantes, lo haremos. Como antes lo han hecho nuestros mayores. Vamos a ver: ¿qué nos ha dejado la cristiandad medieval? Esas espléndidas catedrales en que volcaron lo más fino de su arte y los últimos gritos de su técnica. ¿Qué nos ha dejado la cristiandad española del Siglo de Oro? Esas iglesias, esos altares, esos retablos barrocos con que se llenaron todas las Españas —las Españas



de entonces— y en que se gastó todo el oro de Indias. En cambio, una sociedad hedonista no deja detrás más que cementerios de coches.

Un proyecto de este tipo parecerá sumamente retrógrado. Y es que es un retroceso. El socialismo ha sido experimentado ya en varios países, con resultados entre «malo» y «desastroso». Lo cual no es de extrañar, pues descansa todo él en simples sofismas. Todas las curas de urgencia que se le han intentado aplicar, como bautizarlo, o ponerle «rostro humano», han terminado lo mismo de mal. Pues bien, cuando se está en un callejón sin salida, lo único sensato es dar *marcha atrás*.

En el caso del socialismo, la marcha atrás nos lleva al liberalismo capitalista. Pero como éste resultó, en su día, exactamente igual de indeseable, es inútil volverlo a experimentar. Hay que continuar la marcha atrás hasta salir del callejón por entero, hasta volver a un orden social cristiano.

Desde luego, nuestro programa escandalizará a un socialista, e incluso a todo no-creyente. Sólo que una comunidad cristiana no tiene razón alguna para considerar a los no-creyentes como sus miembros. Todo lo más, como huéspedes en su territorio. Lo malo sería que llegara a escandalizar incluso a *creyentes*, cuya fe, por razón del hedonismo ambiente, tienda a irse diluyendo. Hoy día, el caso parece cada vez más frecuente. Razón de más para actuar, cada cual en lo que pueda, de manera a hacerlo posible con la mayor urgencia.